

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario acabó de visitar los conventos de la parte de Xalisco y dio vuelta a Guadalajara de la provincia de Avalos”

p. 147-154

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## [CAPÍTULO XCI]

*De cómo el padre comisario acabó de visitar los conventos de la parte de Xalisco y dio vuelta a Guadalajara de la provincia de Ávalos*

Jueves veintiséis de febrero salió el padre comisario general de Tuchpan muy de madrugada, y pasadas tres barrancas y otros tantos arroyos, por cada una el suyo, y después un río y otro arroyo, subió ya de día una cuesta algo empinada, luego entró en un valle, en el cual pasó otros dos arroyos y otra vez el río sobredicho, y finalmente, andadas tres leguas largas, llegó al pueblo y convento de Tamatzula fundado junto al mismo río, donde fue recibido de los indios con una danza y música de trompetas; a la puerta de la iglesia tenían hecha una ramada, y en lo alto della puestos dos indios en hábito de frailes, representando a nuestro padre San Francisco, cuando en el monte Alberne recibió las llagas de mano de nuestro Señor en figura de serafín; y hacíanlo tan al vivo, que el que representaba a nuestro Padre estuvo grandísimo rato levantados los brazos, y puestos con las manos de la manera que estaba cuando las recibió, y le suelen pintar, sin menear pie ni mano ni cabeza y sin pestañear ni quitar los ojos de un crucifijo que estaba en lo alto, que cierto provocaba a devoción; el pueblo es pequeño, sus vecinos y los de las visitas de aquella presidencia son de una lengua particular que llaman de Xilotlantzingo, la cual corre muchas leguas hacia el Mar del Sur por partidos y visitas de clérigos; todos caen en el obispado de Michoacán y en la jurisdicción de México, pero son de la parte de Xalisco por la razón ya dicha. El convento es asimesmo pequeño, de aposentos bajos hechos de adobes, con su iglesia cubierta toda de paja y moraba en él sólo un fraile; visitólo el padre comisario y detúvose allí todo aquel día. En aquel capítulo se deshizo aquella presidencia y quedaron aquellos pueblos por visita del convento de Tuchpan. En aquella comarca hay muchas y muy buenas aguas, y algunas estancias de ganado mayor y menor, allí también está la mina afamada de Morcillo, que fue un español deste nombre que la descubrió, de la cual, según se dice, se sacaba tanta plata que cuando el Morcillo la fue a registrar, la tomó la justicia para el rey, y que permitió Dios que, por esta codicia, nunca más la pudieron hallar. Pero no obstante esto, cuando el padre comisario llegó a Tamatzula le afirmaron que ya se beneficiaba y que el no haberse hecho en tiempos pasados fue porque se hundió, aunque otros decían que no, sino que se acabó y que agora la limpiaban para ver si mostraba algún metal.

Viernes veintisiete de febrero. salió el padre comisario tan de madrugada de Tamatzula, que andadas cinco leguas de camino llano, y pasados en ellas tres arroyos y un río, llegó a las nueve de la mañana al pueblo y convento de Zapotlán, donde se le hizo muy buen recibimiento; salieronle a recibir algunos de los españoles que residen en aquel pueblo un buen trecho de camino, y acudieron luego los indios con algunas danzas vistosas; había muchas ramadas, y en la penúltima dellas estaba en lo alto un indio como ángel, representando a San Miguel, con una espada desnuda en la mano, como que hería a Lucifer, el cual era otro indio vestido a manera y figura de dragón, que estaba dando bramidos debajo de los pies del ángel; en la última ramada representaron la asunción de nuestra Señora (que es la vocación de aquel convento) todo en lengua mexicana, aunque brevemente. Está el pueblo de Zapotlán en un llano o valle junto a una buena laguna que cría mucho y muy buen pescado blanco, no muy lejos de la sierra nevada y volcán de Zapotitlán, el cual aquella mañana echó de sí tanto humo, que dello se hizo una nube muy grande. Es aquel pueblo de mediana vecindad, dellos son nauales y dellos hablan la lengua tzaulteca, pero todos entienden la mexicana y en ella se confiesan y se les predica, como también lo hacen los de Tamatzula. Ellos y los de las visitas (que son de la mesma lengua) caen en el obispado de Michoacán y en la jurisdicción de México, pero son de la parte de Xalisco, como los de Tuchpan; moraban en Zapotlán como veinte españoles mercaderes y tratantes, y que tienen algunas estancias. El convento estaba acabado con su claustro, dormitorios e iglesia, todo pequeño y viejo, hecho de adobes y cubierto de paja; tiene una buena huerta a la cual entra un golpe de agua grande; danse en ella nueces y otras frutas de tierra templada, y había en ella puerros muchos y muy buenos. Danse muchos ajos, y son tantos y tan buenos los que en todo aquel pueblo se cogen, que tienen fama en toda la tierra de Xalisco, a la cual los llevan los indios a vender; moraban en aquel convento dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente; acudieron los indios con sus presentes de pescado, plátanos, melones y pan de Castilla.

MARZO Domingo primero día de marzo salió antes que amaneciese  
1587 de Zapotlán, y pasados dos arroyuelos y una ciénaga por una calzada y muchas pontezuelas de madera, y andada legua y media, pasó ya de día por junto a un poblezuelo de pocas casas, llamado San Sebastián, visita de Zapotlán, y andada otra legua y media, en que se bajan unas cuestas pequeñas, llegó a otro pueblo, visita del convento de Tzayula, llamado Απομαχac; de media legua antes de llegar el padre comisario a este pueblo le salieron a recibir muchos

españoles de Tzayula y le hicieron la salva disparando sus arcabuces, luego acudieron infinidad de indios a hacerle fiesta, y llegado al pueblo salieron otros muchos a tomar su bendición. Pasó de largo por debajo de los arcos que tenían hechos, y andada otra buena legua, acompañado de españoles y de indios e indias, llegó al mismo pueblo y convento de Tzayula, donde fue recibido con mucha solemnidad y gran concurso de gente; hubo música de trompetas, flautas y chirimías, sacaron muchas danzas y salieron muchos indios de a caballo, que iban corriendo delante del padre comisario, y otros de a pie en traje de chichimecas. Desde la entrada del pueblo hasta el convento, que es un gran trecho, estaban las calles llenas de arcos y puestas en ellas muchas banderillas de paños muy galanos, de las cuales había también mucho número a las puertas y por las paredes de las casas; la gente era mucha, así indios como indias, chicos y grandes, y hacían tanto polvo que no se pudo dejar de probar, aunque era en ayunas; llegado al convento, era tanta la priesa que se daban los indios a llegar a besarle el hábito, que le apretaban y no le dejaban andar, tanta era su devoción. Dijo luego misa y predicó a los seglares españoles, que eran más de veinte, y a los frailes que llegaban a diez, porque habían acudido muchos huéspedes. El pueblo de Tzayula es grande y de mucha vecindad, y de buen temple, danse en él y en aquella comarca muchas frutas de Castilla, así como uvas, naranjas, membrillos, higos y granadas; dase trigo y mucha y muy buena hortaliza. Está fundado aquel pueblo a la punta de un valle muy largo, al abrigo de unas serrezuelas, de las cuales descende un golpe de agua que entra en el pueblo y en la huerta del convento; los indios son muy devotos de nuestro estado y hay entre ellos muchos y muy gruesos mercaderes, en su tanto; ofrecieron al padre comisario pescado, plátanos, huevos, pan de Castilla y algunos panes de sal que se hacen de una laguna que está en el mismo valle, de la cual se dirá adelante. Los de Tzayula y los de los otros pueblos de aquella guardianía tienen lengua particular llamada tzaulteca, pero casi todos hablan y entienden la mexicana, y en ella se confiesan y se les predica, caen todos en el obispado de Xalisco y en la provincia de Ávalos, y son de la jurisdicción de México. El convento (cuya vocación es de nuestro padre San Francisco) es de mediana capacidad, de aposentos bajos hechos de adobes, con su enmaderamiento y cubiertos de paja, la iglesia es de lo mismo, hecha de tres naves, tiene una buena huerta de mucha arboleda y hortaliza, la cual se riega con el agua que viene de la sierra, como queda dicho; moraban allí dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos todo aquel día.

Lunes dos de marzo salió de Tzayula, ya de día, y andadas dos leguas de camino llano, y pasadas dos fuentes y un arroyo, y unas cienaguillas

por pontezuelas de madera, llegó al pueblo y convento de Amacueca, donde se le hizo muy buen recibimiento; está aquel pueblo en un alto, a un lado de el valle sobredicho, en la halda de aquella sierra; tiene el mismo temple que Tzayula, y así se dan en él las mismas frutas, hortalizas y legumbres. Es de pequeña vecindad de indios de lengua pinome, de la cual son también los demás de aquella guardianía, pero casi todos entienden y hablan la mexicana, y en ella se les predica y ellos se confiesan; todos caen en el obispado de Xalisco y en la provincia de Ávalos, y son de la jurisdicción de México, y moran allí en Amacueca cuatro o cinco españoles. El convento es una casita de aposentos bajos, hechos de adobes, con su enmaderamiento y cubiertos de paja; la iglesia es de lo mismo. Tiene aquel convento (cuya vocación también es de nuestro padre San Francisco) una bonita huerta, a la cual entra un gran golpe de agua muy buena que descende de la sierra; moraban allí dos frailes, visitólos el padre comisario, y detúvose con ellos todo aquel día. Solía ser todo aquel convento de aposentos altos, con su iglesia, hecho todo de cal y canto, y con un grande terremoto y temblor de tierra se cayó y hundió; parecen al presente algunos paredones de argamasa muy fuerte, y otros están medio sumidos en la tierra. Tiene aquel convento muy buena vista, porque se descubre desde él casi todo el valle sobredicho, el cual, en tiempo de aguas está gran parte de él cubierto de agua y parece laguna, y en verano, que es cuando faltan las aguas, se seca todo y descubren muy largos salitrales, donde hacen los indios mucha sal, como presto se verá.

Martes tres de marzo salió el padre comisario de Amacueca, al salir del sol, y andada una legua de camino llano llegó al pueblo y convento de Atoyaque, donde le recibieron los indios con gran fiesta y regocijo; tenían hechas muchas ramadas, y en ellas y en las puertas de las casas puestas muchas banderillas, como en Tzayula; llegaban los indios e indias a manadas y en cuadrillas a saludarle, vestidos todos de pascua, y hincábanse de rodillas para que los bendijese; luego se ponían en orden a la una y otra parte del camino y llegaban otros y otros y hacían lo mismo; hubo también música de trompetas y chirimías y una danza con muchas sonajas. Salieron como una docena de indios de a pie, en traje de chichimecas de guerra, y uno sólo a caballo, con lanza y adarga, vestido de librea, al cual los de a pie daban grita y hacían visajes y meneos con sus arcos y flechas, y aunque él trabajaba y hacía su poder por entrarlos con su caballo, no aprovechaba nada porque el caballo se espantaba de verlos y oírlos la grita que daban, y daba saltos y brincos y volvíase atrás; y así dicen que acontece muchas veces en las guerras que tienen los españoles con los chichimecas verdaderos, que no los pueden entrar por espantár-

seles los caballos de verlos y oír la grita y algazara que levantan. Está Atoyaque en frente de Amacueca, de la otra parte del valle y laguna, y en tiempo de aguas se pasa de un pueblo a otro, y desde Atoyaque a Techalutla, por una calzada alta de piedra que tienen hecha los indios, de un cuarto de legua de largo, con muchas alcantarillas de madera, pero entonces, que era verano, no fue menester ir por ella porque todo estaba seco. El convento de Atoyaque es una casa de aposentos bajos, hechos de adobes y cubiertos de paja, todo muy viejo; tenía una huerta pequeña; su vocación es de San Juan Evangelista y moraban allí dos frailes; visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día. El pueblo es de mediana vecindad de indios muy devotos; su lengua materna y de los demás pueblos de la guardianía, es pinome, pero entienden y hablan la mexicana y en ella se les predica y ellos se confiesan; caen en el obispado de Xalisco y en la provincia de Ávalos y jurisdicción de México; ofrecieron al padre comisario pan de Castilla, miel, plátanos y muchos panes de sal de la que se hace en aquella laguna junto aquel pueblo, la cual es muy blanda, limpia y buena y acuden a comprarla españoles de muchas partes, y para esto se hace allí en Atoyaque de cinco en cinco días un mercado o *tianguetz*, y lo principal que en él se vende es sal; llévanla hasta México por ser tan buena y hacerse con mucha limpieza. El orden que tienen los indios en hacerla es el que sigue: de aquellos salitrales allegan muchos montones del polvo y salitre que está encima, y echándolo en unos tinajones le van echando agua, meneándolo y revolviéndolo muchas veces, y cebándolos siempre con agua hasta la cantidad que ellos saben, y de esto sacan lejía como se saca de la ceniza mezclándole agua; junto destes tinajones hacen en el suelo un horno redondo, a manera de calera, no muy hondo y menos de una vara de medir alto del suelo, y dejando hueco y concavidad en qué echar leña y lumbre, ponen encima muchas ollas, chicas y grandes, asidas y trabadas unas con otras, puestas por orden y concierto, de manera que queda cerrado todo el redondo del horno; luego hinchen las ollas de aquella lejía, y vanles dando fuego por abajo por unas bocas grandes que dejan a los lados, y con este fuego se va cuajando la lejía y convirtiéndose en sal, y poco a poco van añadiendo lejía hasta tanto que todas las ollas quedan llenas de sal cuajada; y echan esta lejía tan atentadamente, que todas juntas vienen a quedar llenas de sal cuajada a un punto; luego quitan el fuego, y después las ollas, y quedan los panes de sal enteros, blancos y muy vistosos, y entre éstos sacan hombres de sal, y medios hombres y cabezas y otras figuras, según lo que estaba figurado en cada una de las ollas, las cuales sirven de moldes.

Miércoles cuatro de marzo salió el padre comisario muy de día de Atoyaque, y andada una legua de camino llano y tornada a atravesar la

laguna sobredicha por la otra parte de la calzada, que también estaba seca, y habiendo visto en el mismo camino un horno de aquellos de la sal, y advirtiendo que se hacía de la manera sobredicha, llegó al pueblo y convento de Techalutla, que está a un lado del dicho valle, al pie de una sierra, donde se le hizo muy buen recibimiento. Salieron cuatro indios de a caballo vestidos de librea, los tres con sendas espadas y uno con pistolete, y hiciéronle fiesta corriendo sus caballos, y arremetiendo a otros indios de a pie que iban en traje de chichimecas; había muchos arcos y ramadas e infinidad de indios, y acompañado de todos y de una danza llegó a la puerta del patio, donde, brevemente en lengua mexicana, representaron la historia del rico avariento en un tablado que para ello tenían hecho, a cuyo pie tenían un *mitote* o baile a su modo. Es aquel pueblo de mediana vecindad y del mismo temple que Atoyaque y Amacueca, y así se dan en él las mismas frutas y hortalizas. La lengua materna de aquel pueblo y de los demás de las visitas es pinome y pocos dellos entienden la mexicana, y menos la hablan, y así se confiesan muchos por intérprete; cae aquella guardianía en el mismo obispado, provincia y jurisdicción que Atoyaque. El convento es una casita alegre, aunque pequeña, de aposentos bajos, hechos de adobes, con su iglesia y cubierto todo de paja; tiene una bonita huerta en que se dan muchas frutas y hortalizas, y había a la sazón brevas maduras; danse también biznagas de Castilla, y riégase todo con agua de pie. La vocación del convento es de San Sebastián; moraban en él dos frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día.

Jueves cinco de marzo salió de Techalutla, una hora antes que amaneciese, y andada una legua le salieron, cuando amanecía, al camino, unos pocos de indios e indias de un pueblo pequeño de aquella guardianía, y en una ramadilla que allí tenían hecha le saludaron y le ofrecieron una gran jícara de panales (que traen de los montes) de miel muy dulce y sabrosa; agradecióles el padre comisario su devoción y caridad y pasó adelante, y andadas otras dos leguas y media de buen camino llegó al pueblo y convento de Tzacualco, donde asimesmo fue muy bien recibido; salió el alcalde mayor de aquella provincia con algunos españoles, casi una legua, y con ellos algunos indios, todos a caballo; a la entrada del pueblo había un gran golpe de gente, la cual pidió cantada la bendición, dióselo el padre comisario y prosiguió su camino hasta llegar al convento, que está de allí un gran trecho, y estaba todo regado por causa del polvo; había muchos arcos y ramadas y en dos dellas dos zaharones en cada una tañendo sendas guitarras, bailando y haciendo meneos y visajes extraños. En la última ramada estaba en lo alto un niño de cinco o seis años, des-

nudo en cueros, pintado como se pinta la muerte, y con una máscara también de muerte; danzaba al son de otra guitarra, que a todos daba qué mirar y considerar. El pueblo de Tzacualco es grande, de indios que hablan la lengua pinome, y la misma hablan los demás de la guardianía porque ésta es su lengua materna, pero casi todos entienden y hablan la mexicana y en ella se confiesan y se les predica. Cerquita de aquel pueblo hay una laguna que dicen solía tener mucha agua y muchos peces, y que con un terremoto muy grande se hundió el agua y con ella los peces, y así ahora tiene muy poca agua y ningunos peces. En una cordillera de sierras muy altas que están allí junto, se ve en sus laderas muy patente y prolongada la abertura muy grande que hizo aquel terremoto. El convento es una casita pequeña de aposentos bajos, hechos de adobes y cubiertos de paja, y aún no estaba acabado; la iglesia se iba haciendo de piedra y barro con alguna cal; hay en él una razonable huerta y su vocación es de nuestro padre San Francisco; moraban en aquel convento dos frailes, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos todo aquel día. Acudieron los indios con sus ofrendas de huevos, tomates, plátanos, melones y algunas gallinas de Castilla y una bota de vino, que toda es gente devota de nuestro estado.

En una visita de aquel convento se dan muchas y muy buenas manzanas, que por allí se estiman en mucho; cae aquella guardianía en el obispado de Xalisco y en la jurisdicción de México y en la provincia de Ávalos, la cual tomó este nombre de un español principal llamado Ávalos, que fue el primero que tuvo en encomienda los pueblos contenidos en ella, que son muchos; entonces no llevaban sus sucesores más de la mitad de los tributos, porque la otra mitad era del rey, el cual tiene puesto en toda ella un alcalde mayor que administra justicia; había en ella entonces nueve conventos, y son: el de Teucuitlatlán, el de Axixique, el de Chapala, el de Cocula, el de Tzayula, Amacueca, Atoyaque, Techalutla y Tzacual, aunque (como dicho es) se dejaron los dos en aquel capítulo.

Habiendo ya el padre comisario general visitado todos los conventos de la parte de Xalisco, y queriendo pasar a Michoacán a visitar los que allá le quedaban, se le ofreció un negocio urgente que le forzó ir primero a Guadalajara, y así partió de Tzacualco para aquella cibdad viernes seis de marzo antes del día, y andadas cinco leguas en que se pasan dos malas cuestas, una peor que otra, llegó muy fatigado del sol y del camino al convento de Tlaxomulco, donde fue muy bien recibido y se detuvo todo aquel día. En este convento halló a un religioso viejo, docto y principal, de la custodia de Zacatecas, llamado fray Diego Ordóñez, que venía a un negocio a Guadalajara, el cual después fue con él a Michoacán, y se halló

en el capítulo, y después a México y a la Puebla de los Ángeles, y no dejó de seguirle y acompañarle hasta que, como a su tiempo se verá, le vio sacar de aquella cibdad de la Puebla, por mandado del virrey, para embarcarlo para España; porque entonces (con otros muchos) le dejó y se volvió a Michoacán para desde allí irse a su custodia.

Sábado siete de marzo salió el padre comisario tan de madrugada de Tlaxomulco, que andadas aquellas cuatro leguas, llegó a decir misa poco después de salir el sol al convento de Guadalajara; fue muy bien recibido, y luego otro día predicó en la catedral de aquella cibdad. Detúvose en aquel convento hasta el miércoles siguiente, y desde allí despachó a la custodia de Zacatecas las patentes que le habían venido de España, las cuales fueron en ella recibidas y obedecidas, y porque no eran más de tres conventos los que le restaban de visitar, y el capítulo se había de celebrar a los diez y nueve de abril, en el uno dellos, pareciéndole que habría tiempo para todo, determinó ir a tener la semana santa y la pascua en el de Valladolid o Guayangareo, y después de pascua visitar aquellos tres, y así se partió para allá, como se verá presto, aunque no le sucedió como pensaba por negocios que se le ofrecieron, ni tuvo allí la semana santa, pero la pascua sí.

#### [CAPÍTULO XCII]

##### *De cómo el padre comisario dio la vuelta a lo de Michoacán y llegó a Valladolid, y de allí pasó a Acámbaro*

Jueves doce de marzo salió el padre comisario de Guadalajara, poco antes del día, y por el mesmo camino que había llevado, andadas aquellas cuatro leguas, con un frío muy recio y penoso, llegó a decir misa al convento de Tlaxomulco, donde fue muy bien recibido y se detuvo todo aquel día.

Viernes trece de marzo partió de madrugada de Tlaxomulco, camino de Tzacualco, y dejando el camino derecho que había traído ocho días antes, tomó, por excusar las dos malas cuestas, otro llano, aunque de rodeo; y andadas tres leguas llegó, ya el sol salido, a un pueblo pequeño, llamado Acatlán, de la guardianía de Tzacualco. Pasó de largo, y pasado allí junto un arroyo y después unas dehesas en que había mucho ganado mayor y algunas lagunillas, en las cuales se crían muchos patos, llegó, andadas cuatro leguas, al mesmo pueblo y convento de Tzacualco, donde fue recibido de los indios con una danza y muchos arcos y ramadas, pues-